

ESCENA II

Dichos y Calisto

Reinaldo.—(solicito).

Perdone si fué un desliz;
Yo quiero que se recobre.

Graciana.—(sollozando).

Es claro, soy una pobre...
Tengo que ser infeliz.

Reinaldo.—(enternecido y suplicante).

No llore... Me voy... Quizás
Por última vez me mira.

Graciana.—(descubriéndose un poco el rostro para mirar á Reinaldo)

Sí; como todo es mentira,
Ya no quiere verme más.

Reinaldo.—(apasionado).

Yo la adoraré, Graciana,
Por mi único ángel desde hoy.

Calisto.—(poniéndose de un salto frente á la puerta de la cabaña y gritando con voz furiosa).

¡Doña Dorotea!

ESCENA III

Dichos y Dorotea que aparece calada la cofia, con los brazos desnudos y llenos de harina.

Dorotea.—¡ Voy!

(*Detiéndose un instante y luego avanza hacia Reinaldo y Graciana con aire desconfiado. Calisto, maligno, síguela á cierta distancia.*)

Reinaldo.—(avanza hacia la nodriza con afectada serenidad).

Dorotea, esta mañana
Buscaba yo la vivienda
Con la más torpe rutina,
Cuando encontré á su sobrina
Que me condujo á la senda.
Sin su ayuda, con certeza
Doy la pifa más bisoña.

(*por Graciana*)

Toca muy bien la zampoña...

(*disimulando su llanto reciente*)

Graciana.—¡ Ay, qué dolor de cabeza!

Dorotea.—¡ Se conoce! El tal encuentro

(*entre maliciosa y compasiva*)

Te preocupó en demasía
Y el sol te ardió.

Reinaldo.— Eso decía
Yo...
Graciana.— ¡Qué dolor!
Dorotea.— Vete adentro
A dormir.

ESCENA IV

Dichos, menos Graciana
(á *Reinaldo*).

Una loción
De vinagre bastará,
Si usted... Ya me entiende... ya..
Sería una mala acción.

Reinaldo.—¡ Dorotea!

Dorotea.— Es una chica
Rural, y en usted, señor,
¿ Verdad que un honrado amor
De esta suerte no se explica?
No se enfade si por ella
Tengo que salirle al paso.
Pues su novia ¿no es, acaso,
Mucho más fina y más bella?

Calisto.—(*husmeando*). Huele á pringue.

Dorotea.—¡ Mi cebolla
Que se quema!

(*entra corriendo en la cabaña*)

ESCENA V

Calisto y Reinaldo

Calisto.—(*á Dorotea con sorna*). ¡ Mil afectos
A esa jaqueca! (*á Reinaldo; insolente*).

¡ Proyectos
Con las mujeres?... ¡ Bambolla!
Reinaldo.—Eh, gran Calisto, un consejo:
Guarda tu solicitud
Si con perfecta salud
Deseas llegar á viejo.

Calisto.—Yo sé también mi arrumaco
Para que la señorita
No se entere de la cita...

Reinaldo.—(*avanzando colérico*).

¡ Cómo, insolente bellaco!

ESCENA VI

Jacinto y Dalinda cogidos de la mano, aparecen por la derecha con aspecto triste, avanzando hacia Reinaldo. Calisto, al verlos, se mete á grandes pasos en el bosque, sin decir una palabra.

Dalinda.—¡ Otra escena del truhán!
Al fin va á darme un ataque.

Jacinto.—Sí, se ha vuelto un badulaque.

Reinaldo.—¡Pero que mustios están!

Dalinda.—¡La fatiga!... (*sentándose con lentitud en un raigón*).

Jacinto.— La maraña,
La siesta que se avecina...

Reinaldo.—Dorotea y la sobrina
Están ahí, en la cabaña.

Dalinda.—Encuétrase junto á mí
La zampoña de la bella;

(*á Jacinto*)

Y debe de ser aquella
Que oímos...

Jacinto.—(*cogiendo del brazo á Reinaldo*).

Ven por aquí
Reinaldo.

Reinaldo.— ¡A qué?

Jacinto.— La nodriza
Cuando vengo aquí, me inmola
Por primicia, la escarola
Más fresca de la hortaliza.
Y para mayor contento
La he de cortar con mis manos.

Dalinda.—(*viéndolos alejarse*).

¡Maravilla de hortelanos
Con tal plan!

ESCENA VII

Dalinda á Calisto que llega de puntillas, causando un ligero sobresalto á la joven.

Calisto.— Oiga un momento
Niña...

Dalinda.— Quítate

Calisto.— ¿Qué gana
Con no oír?

Dalinda.— ¡Quita te digo!

Calisto.—Es que yo he sido testigo
De una cita entre Graciana
Y...

Dalinda.— ¿Reinaldo?

Calisto.—(*vivamente*). ¡Eso, eso es!
¡Un enredo, un deshonor!

Dalinda.—Sí, sí, una escena de amor
Que te hacía rabiarse.

Calisto.—(*mohino*). Pues...

Dalinda.—El la dió un beso; ella...

Calisto.— No;
Era algo grave: el muy ducho
Hablabá. Ella lloró mucho...

Dalinda.—¡Pobres chicos!

Calisto.—(*asombrado*). ¡Pobres?

Dalinda.—(*fríamente severa*). Yo
Tengo la seguridad
De que en su torpe relato,
Usted, señor don Pazguato,
Me miente con la verdad.

Calisto.—(*atontado*).

¡Pero, y sus lágrimas? Toda

Chica que llora, confiesa
Alguna falta.

Dalinda.— ¿Y con esa
Moral, vas tirando á boda?
¿Esas son las gallardías
De tu amante corazón?
(imperiosa) Llama á Graciana.

Calisto.—(echando á correr hacia la cabaña).

Perdón.

ESCENA VIII

Dalinda y Graciana; después Calisto

Graciana.—(cortada).

Señorita, buenos días.

Dalinda.—Buen día Graciana. ¿Tienes
Algo? ¿Te noto cambiada!

Graciana.—Tuve ahora una puntada
Que me partía las sienas;
Pero ya estoy bien.

Dalinda.— Los viejos
Siguen muy sanos los dos,
Ya lo sé.

Graciana.— Gracias á Dios.
¿Son tan buenos!

Dalinda.— Sus consejos
Te harán siempre falta aunque eres
Una muchacha juiciosa.

(mirando en torno)

La granja está muy hermosa;
Veo que hay plantas y enseres
Nuevos; ya usan la calcárea
Para abonar; muy bien hecho.
¿Y han aumentado el barbecho?

Graciana.—Sí, señorita: una hectárea.

Dalinda.—¿Qué tal las cabras? ¿Verdad
Que son divertidas?

Graciana.— Sí
Señorita, pero á mí
Me aburre la soledad.

Dalinda.—(señalando la zampoña). ¿Y tu compañera?

Graciana.— Grita
Muy mal.

Dalinda.— No, no; es excelente.
Ahora desde la fuente
La oímos.

Graciana.—(confusa). Sí, señorita

(Pausa).

Dalinda.—Al eco de la tonada
Reinaldo te encontraría.

Graciana.—(más confusa).

Sí, sin duda... así sería...

Dalinda.—(picaresca). ¿Y qué te dijo?

Graciana.—(más confusa). A mí, nada.

Dalinda.—¿Sí tendré en ti una rival,
Graciana?... Si entre las dos,
El...

Graciana.—(afligida) ¿Señorita, por Dios,
Yo pretenderme su igual?

(afectada)

No; tendría menos seso
Que una mosca, si faltase
A una niña de su clase...

Dalinda.—¿Graciana, quién te enseñó eso?

Graciana.—Nadie...

Dalinda.— ¡Hum! Es muy ladino
Para ser tuyo el traspie.
¿Dime la verdad, quién fué?

(*Graciana se muerde un dedo, muy turbada.*)

Graciana.—Calisto...

Dalinda.—(*vivamente*). ¡Ah, siempre el cretino!
Pero no quedes inquieta.
Yo te hago un trato preciso:
Te doy novio y compromiso
A cambio de una historieta.

Graciana.—(*azorada*) ¡Su novio!

Dalinda.—(*concluyente*) Sí, ¿no es el pago
Mejor? pues no haya contienda.
Quiero saber la leyenda
De la fuente.

Graciana.—(*quedándose sumida en dolorosa reflexión*)

¡Oh, Dios qué hago!

Dalinda.—Bien sé que cada pastor
La oculta como un peligro.
Pero, la dices, ó emigro
Para siempre con tu amor.
Aunque con muchos amaños
Todos la callan prolijos,
La hacen saber de sus hijos
Desde que cumplen quince años.
Es la causa, no la intriga
Lo que ignoro, como ves.
Vamos, chica: uno, dos tres...

Graciana.—Le hará mal que se lo diga.

Dalinda.—No esperes verme más blanda
Ni agradecida al favor.
O la leyenda ó tu amor.
¡Decide!

Graciana.—(*resignada*) Si usted lo manda...

(*Pausa*).

Dalinda.—(*intima*).

Diz que fué siglos atrás,
Concertada, aunque es secreta,
Por un antiguo poeta...

Graciana.—Sí, pues...

Dalinda.— No demores más.

LA LEYENDA

Graciana.—

Quando la tierra estaba más próxima á los cielos,
Bajaron de la luna dos ángeles gemelos.
Incorpóreos, podían con gracias misteriosas,
Trocarse en atributos amables de las cosas.
Por infantil donaire, su mayor gozo era
Volverse hilo en los husos, frescura en la pradera,
Fuga en los manantiales, eco en los valles hondos,
Nobleza en la azucena, rizo en los niños blondos,
Suavidad en la pluma, confianza en la partida,
Y suspiro en los labios de la virgen unida.
Mas los hombres llegaron á abusar de tal modo:
De aquel candor celeste, que instruidos por todo
Lo humano, los gemelos encontráronse un día
Ruidos de pasiones y de filosofía;
Y como el ser angélico de la ilusión depende,
Transformáronse de ángeles en un hada y un duende.
Su bondad defraudada se volvió maleficio.
Cada amable atributo degeneró en suplicio.
Siendo horror en los cuartos oscuros; aspereza
En el haz de la sábana adoptiva; torpeza

En el eje del carro ; masiega en la labranza ;
Cólera en las esposas ; desmayo en la esperanza ;
En el espejo impávido, fealdad ; y en la tosca
Nariz del viejo, centro fatal para la mosca.
Yendo así, comprendieron pronto que no hay castigo
Humano, como el dardo del amor enemigo ;
Y haciendo su morada de la fuente más pura,
Abrieron el perfodo de una eterna tortura.
La clave del misterio que enuncia la leyenda,
Tiene muchos dolores y lágrimas por prenda.
La fuente está ofreciendo su caudal cristalino,
Sin agotarse nunca ; mas si algún peregrino
Se aproxima, en el fondo, cuando ya va á beber,
Mira un hada si es hombre y un duende si es mujer.
El amor, desde entonces, en su vida se aduna
A la mortal tristeza, pues no se ve más que una
Vez, los dulces semblantes en fugaz tentación :
Y después los amantes mueren del corazón.
A veces es más triste su suerte insatisfecha,
Pues en peores trances la muerte los acecha.
La maligna pareja, les anuncia muy luego
Su presencia en el aire, con algún fútil juego
O suspiro, ó quejumbre que el amor exaspera ;
Pues han determinado por condición artera,
Que han de amar solamente y en corpóreo embeleso,
Al amante que pueda fijarlos con un beso.
Pero, á más de invisibles, son de tan indecisa
Astucia, que los lleva la más ligera brisa,
Y allá van los amantes rompiéndose los cascos,
En vanas correrías por breñas y peñascos.
La fuente es intangible ; siempre que alguno intenta
Obstruirla ó desviarla de la gente sedienta,
Los burlones espíritus le toman por vehículo
Expiatorio, colmándole de fiasco y de ridículo,
Que sólo ha de quitarle, para que así su estrella
Sea más ardua, el beso de amor de una doncella.
Quien escuche esta historia, téngase por perdido
Si en la noche en que cumple los quince años no ha sido.
Pues sea anciano ó joven, timorato ó valiente,

Tarde ó temprano acaba por beber en la fuente.
Húyela, pasajero, que el imposible habita
En las pérfidas aguas de la fuente maldita.
Allá, como al mandato de inexorable ley,
Ha perdido la vida más de un hijo de rey.
Allá hubo una princesa que con tristes folías,
Por un hilo de lágrimas dejó correr sus días,
Anulado en la pena su cuerpecillo seco,
Como el copo de lana que uno arrolla en el hueco
De la mano. Allá hubo cierto audaz paladín
Que en pos del beso aéreo se perdió en el confín,
Y á quien miraron luego, que fuera ya del mundo,
Se perdió á inmenso trote por el cielo profundo,
Surcando con su estribo sobre abismantes huellas,
El orbe de las Pléyades como un trigal de estrellas.
Húyela, pasajero, que el imposible habita
En las pérfidas aguas de la fuente maldita.
Húyela, húyela ; de esto depende tu fortuna.
Ella implica un dilema con la muerte ó la luna.

Dalinda.— ¡ Qué misterioso final !

Graciana.— Señorita, ya lamento
Mi obediencia.

Dalinda.— No ; tu cuento
Me causa más bien que mal.
Hoy, con su habitual falacia,
La fuente me atrajo y vi
Lo que tú sabes, allí...

Graciana.— ¡ Ah, Dios mío, qué desgracia !

Dalinda.— (*resuelta*) No tanto, si se procura
Domar la suerte funesta,
Pues sabrás que estoy dispuesta
A continuar la aventura.

Graciana.— (*suplicante*)

Señorita...

Dalinda.— Oye y respeta
Lo que discurre en mi afán,

Para ayudarme en el plan
 Con que alcanzaré la meta.
 En combinación precisa
 Captaré ese amor pirata.
 ¿Creo que hay cierta sonata
 Para adormecer la brisa?

Graciana.—Sí, señorita.

Dalinda.— ¿La tocas?

Graciana.—Sí, señorita.

Dalinda.— Excelente.

Ahora, junto á la fuente,
 Con la flauta te colocas,
 Y aquietas el aire; en tanto
 Yo evoco al duende travieso,
 A ver si atrapo su beso
 En la calma de tu encanto.

Graciana.—¡ Ah, qué desgracia! ¿por qué
 Le entró al alma esa ponzoña?

Dalinda.—(con vivo interés y señalando la flauta)

Algo suena en la zampoña.
 Chist...

La Zampoña.—



Dalinda.—(repitiendo las notas)

Sol, fa, re...

Graciana.—(asombrada) ¡ El espíritu!

Dalinda.— ¿Será

Posible? (al ser imaginario):

¡ Oh, amado ser!

Si es que acojes con placer
 Mi amor, hazme un signo.

La Zampoña.—



Calisto.—(aparece en la puerta de la choza golpeando
 las manos)

¡ El almuerzo!

Dalinda.—(indignada) Quita, fuera.

(Calisto se precipita en la cabaña).

¡ Ah, ya todo lo estorbó!

¡ Le aborrezco!

Graciana.— ¿También yo
 Le tengo un odio!...

Dalinda.— ¿En qué hoguera
 Extirpamos tan mal bicho?

Graciana.—(vivamente)

Señorita, una ocurrencia:

Confíele la sentencia

Al duende de su capricho.

Dalinda.—Tienes razón, lo haré así.

(al ser imaginario)

Oyeme, espíritu amigo.

¿ Aplicarás un castigo

A ese importuno?

La Zampoña.—



Dalinda y Graciana.—(palmoteando) ¡ Sí!

ESCENA IX

Dichos, Reinaldo y Jacinto, que vuelven cargados de ensaladas y flores. Después Dorotea.

Jacinto.—(á Dalinda)

Ya ves qué bien nos ha ido.

Dalinda.—(por la cosecha)

¡Qué encanto!

Calisto.—(corriendo á desembarazar á Jacinto)

Deme, señor.

Reinaldo. — (presentando un poco furtivamente una margarita á Graciana).

¿Le interesaba esta flor?

Dorotea.—(apareciendo en la puerta)

El almuerzo está servido.

TELÓN

CUADRO TERCERO

En la fuente. Siesta. La fuente entre rocas. A la derecha una madreSelva. Al fondo y á la izquierda parte de la decoración del primer acto.

ESCENA I

Calisto y Graciana entran por derecha é izquierda sin verse, hasta que se encuentran junto á la fuente

Graciana.—¡ Ay!

Calisto.—(remedándola con una mueca)

¡ Ay! Parece que has visto
Alguna fiera. ¿ Por quién
Me tomas? ¿ Con qué desdén
Me tratas!

Graciana.— ¡ Señor Calisto!...

Calisto.—(grosero)

¿ Te he causado alguna ofensa
En quererte por mujer?

Graciana.—(friamente)

No; mil gracias.

Calisto.— Á mi ver
Tu vanidad es inmensa.
Aquí, para entre los dos,
Tú odias á la señorita.
Tú te crees más bonita...

Graciana.—(volviéndose fastidiada)

Bueno, don Calisto, adiós.

Calisto.—No, no; no te irás así

(cerrándole el paso)

Sin sacarme de una duda

(intentando cogerle la barbilla)

que quizá hiciera... ¡ zancuda!
Que te perdonase...

Graciana.—(indignada y sorprendida)

¿A mí?

¿Perdonarme?... ¿Usted?...

Calisto.—(riendo) ¡Valiente

Rabieta! (inhábil) Vamos al grano:

¿Sabes que vió con su hermano

La señorita en la fuente?

Graciana.—(secamente) No. Déjeme.

Calisto.—(desconcertado) ¡Se amoscó!

¿Pero suele suceder

Algo malo al que va á ver?

Graciana.—(probando marcharse)

¡Yo qué sé! Creo que no.

Calisto.—(agresivo)

¡Pues iré allá!

Graciana.—(burlona) ¡Buen viaje!

(Corre á ocultarse detrás de un árbol para ver lo que va á pasar).

ESCENA II

Dichos, Dalinda y Dorotea

Calisto avanza hacia la fuente con paso resuelto. Mira con alguna desconfianza primero, sin percibir nada. Después se tiende de bruces y mete la cabeza en la cuenca, como quien va á beber. Dos manos imprevistas le asen por las orejas hundiéndole la cabeza

en el agua. Oyese un chapuzón. El hombre se debate entre un rumor de aguas revueltas conservando fuera nada más que las piernas; y cuando, por fin, le dejan, sale todo empapado, con la cabeza y las mejillas adornadas por una cresta de gallo que el duende hizo brotar allí.

Calisto.—¡Oh, oh! (pellizcándose el apéndice con un respingo) Me duele...

Graciana.—(apareciendo y lanzando una carcajada)

¡Qué horror!

Calisto.—¿Qué tengo? Dí, por favor

Dalinda.—(seguida por Dorotea)

¡Ay qué grotesco salvaje!

Dorotea.—¡Una cresta!

Calisto.— ¡No; mentira!

Graciana.—Sí, don Calisto, una cresta.

(Calisto mira azorado á Dalinda)

Dalinda.—Sí; sí.

Calisto.— ¡Por Dios! ¿quién me presta
Un espejo?

Dalinda.—(sacando uno de su bolsa)

Toma, mira.

(Calisto se mira, y devolviendo el espejo permanece anonadado con el rostro descompuesto por una mueca).

Dorotea.—(á Dalinda)

¡Pero qué horrible accidente!
En esto anda Satanás.
Vámonos.

Dalinda.— No finjas más.
Son los seres de la fuente.
Dorotea.—¿Qué?

Dalinda.—(con intrépida naturalidad)
Sí: la magia funesta.

Dorotea.—(á *Graciana*, desesperadamente)
¿Qué has hecho, niña liviana!
Dalinda.—No no es culpa de *Graciana*.
Cállate.

(*Dorotea* hace un movimiento de contrariedad)

¡Chist!
Calisto.—(consternado) ¡Una cresta!

Dorotea.—(insistiendo)

Será así, pero no hallo
Por medio de qué manejo...
Dalinda.—Lo leí en un libro viejo.
¿Ves?
Calisto.—(gimiendo) Una cresta de gallo.

Dorotea.—(compasiva)

¡Bah! Ya saldrás del aprieto.

Dalinda.—(señalando con interés burlón la boca de
Calisto á *Graciana*)

Ve bien, pues yo no me explico:
Hay aquí algo... como un pico...

Calisto.—(horrorizado) ¡Un pico!
Graciana.— ¡El gallo completo!

Calisto.—(tartamudeando)

¿Có... có... cómo dices?
Graciana.— ¡Ve?

(remedando el gallo)

Co-co-co. Y lo hace con arte.

Dalinda.—(á *Calisto*)

Ya empiezas á transformarte.
Todo lo puede la fe.

Graciana.—(tocándole la cresta)

Y es linda.

Dorotea.— ¡Tengan piedad!
Dalinda.—La tendremos si se enmienda.

Calisto.—(á *Dorotea*)

¿Usted sabe la leyenda
De la fuente, no es verdad?

Dorotea.—(evasiva) Algo... sí...

Dalinda.— Calma esa cuita;
Satisfarás tu deseo.

Dorotea.—¡Maldita fuente!

Calisto.— Ya veo
Que es una fuente maldita.
¿Y el que por su mala estrella
La turba, diga, por Dios,
Cómo se libra de los
Espíritus que hay en ella?

Graciana.—

.....
Los burlones espíritus le toman por vehículo
Expiatorio, colmándole de fiasco y de ridículo;

Que sólo ha de quitarle, para que así su estrella
Sea más ardua, *el beso de amor de una doncella.*

Calisto.—(desolado)

¡ Un beso de amor!... ¡ Un beso
De amor, á mí, en este estado?

Dalinda.—No eras más afortunado,
Sin duda, antes del suceso.

Graciana.—(maligna)

¡ Y es tan fecundo el amor!
Dorotea.—Niña, ¡ qué maldad, qué instinto!

Calisto.—(á *Dorotea*)

Si pidiera á don Jacinto
Un consejo...

Dalinda.— Es lo mejor.

Graciana.—El le tendrá más en cuenta.

Calisto.—Allá corro como un galgo.

(á *Dorotea*, tocándose la cresta)

Diga, ¡ no disminuye... algo?...

Dorotea.—(compasiva) Sí...

Graciana.—(pronta) No...

Dalinda.—(vivamente)

No; más bien aumenta.

(*Calisto* echa á correr desesperado, mientras las jóvenes rien á carcajadas).

ESCENA III

Dalinda.—(á *Graciana*) El castigo justo.

Graciana.— Sí;

Merecido, señorita.

Dorotea.—¡ Qué crueldad!

Dalinda.—(mimosa) ¡ Ah, mi viejita!
Déjanos solas aquí.

Dorotea.—(inquieta)

¡ Por qué? Toda precaución
Es poca en este arriesgado
Paraje.

Dalinda.—(exigente) Pierde cuidado.
Confía en mi discreción.

Dorotea.—(á *Graciana*, con severa advertencia)

¡ *Graciana*!...

Dalinda.—(incomodada, á *Dorotea*)

¡ Tén la bondad
De dejarnos!...

Dorotea.—(retirándose lentamente y advirtiendo desde
el fondo de la escena)

¡ Mucho juicio!

exit.

ESCENA IV

Dalinda.—Al fin terminó el suplicio.
¡Qué difícil soledad!

(á Graciana)

No perdamos tiempo; el sol
Comienza á bajar de prisa.
Procura dormir la brisa
Con tu más hábil bemol.

(Graciana se sienta en una piedra y prelu-
dia vagamente. Pausa. Oyese en diferentes
puntos de la enredadera el chasquido de varios
besos).

Dalinda.—(exaltada)

¡Oyes? ¡Cómo me palpita
El corazón de certeza!

(suena otro beso en la madreSelva)

Graciana.—Otro beso.

Dalinda.—(palpitante) Empieza, empieza
Cuanto antes.

Graciana.— Sí, señorita.



(Al compás de la zampona, Dalinda corre
á lo largo de la enredadera, procurando asir
con sus labios la boca invisible. Después de
un momento de inútiles esfuerzos, detiénese
jadeante y descorazonada, diciendo):

Dalinda.—¡ Si será la insensatez
De una imposible pasión!

Graciana.—(sombria y pensativa)

Es la vieja maldición
Que mata.

(suena otro beso en la enredadera)

Dalinda.—(decidida) Toca otra vez.

(El aire recomienza más suave; Dalinda va
y vuelve á lo largo de la madreSelva persi-
guiendo el beso, hasta que de pronto éste es-
talla más sonoro; la enredadera se abre sobre
un fondo de helechos, y prendido por sus la-
bios de la boca de Dalinda, el duende aparece
con paso menudo y flotante, como si aún pug-
naran por alzarle del suelo las alitas doradas
que tiemblan á su espalda. Graciana se alza
dejando caer la zampona en el colmo del asom-
bro. El duende, después de haber recorrido
la escena con dos ó tres giros caprichosos, como
entre andando y volando, vuelve amoroso y
pueril hacia Dalinda que lo contempla en éx-
tasis, y cogiéndole las manos, le da un beso
en la boca.)

ESCENA V

Graciana.—(encantada)

¡ Es el ángel! Ni un vestigio
Lleva del duende funesto.
¡ Qué prodigio!

Lunario.—18